

En la mesa de *whist* hubo una mirada furtiva é interrogadora de la madre para aquel á quien ella nombraba con indecible acento de humildad *Monsieur Le Quesnoy*; y despues de una débil seña del magistrado, declarando conveniente la cosa, la mamá consintió.

Los dos jóvenes atravesaron un pasillo entapizado de libros, y llegaron á la sala de los padres, majestuosa y centenaria como el salon.

El *panneau* de la cacería estaba encima de una puerta finamente labrada.

—¡No se puede ver nada!—exclamó la niña.

Y elevó el candelabro de dos mecheros que habia tomado en una mesa de juego: con el brazo en alto y la cabeza levantada alumbraba al *panneau*, el cual reproducia á la diosa Diana, con la luna en la frente, rodeada de hermosas cazadoras, en un paisaje paradisiaco.

Pero en aquella actitud de Canéfora, que ponía sobre su cabeza una doble llama; con sus ojos brillantes, con su sonrisa altiva, y la gallarda silueta de su cuerpo virginal, ella, Rosalía, era más Diana que la misma diosa.

Roumestan la miraba..... y vencido por aquel encanto púdico, por aquel candor de verdadera juventud, olvidábase de lo que ella era, de lo que él hacía allí, de sus ensueños de fortuna y de ambicion.

Asaltábale el loco pensamiento de estrechar en sus brazos aquel flexible talle, de besar aquella suelta cabellera, cuyo delicado perfume le embriagaba; de arrebatar aquella hermosa niña para que fuera el encanto y la felicidad de toda su vida..... y algo tambien le decia que si él lo intentaba, ella dejaría hacer..... porque habia sido vencida, conquistada, desde el primer momento.

¡Oh fuego y viento del Mediodía, sois irresistibles!

III.

El revés de un grande hombre.

(CONTINUACION.)

Si ha habido alguna vez dos seres no creados para vivir reunidos, ciertamente que ninguno como ellos: contrarios en instinto, en educacion, en temperamento y por raza, no teniendo siquiera idea comun sobre nada, ella era el Norte en presencia del Mediodía, y sin esperanza de fusion.

Pero el amor vive de tales contrastes, y se rie cuando álguien se lo señala, comprendiéndose el más fuerte; pero en el curso ordinario de la existencia, en el círculo monótono de los dias y las noches, bajo un mismo techo, el vapor de la embriaguez que produce el amor se disipa, y se ve, y se juzga.

En el nuevo hogar matrimonial el despertar no llegó tan pronto, al ménos para Rosalía; porque, previsora y sensata para lo demas, permaneció largo tiempo obcecada delante de Numa, sin comprender hasta qué punto ella era superior á él por todos conceptos.

Él tuvo bien pronto algo que reprocharse: la fogosidad del Mediodía es rápida, en razon directa de su violencia, y ademas, el meridional está de tal manera convencido de la inferioridad de la mujer, que cuando se casa, tranquilo por su suerte, se instala en el hogar como dueño, á lo sultan, aceptando el amor á guisa de homenaje y confesándose que esto es ya bastante.

Por otra parte, el amar y ser amado hace perder mucho tiempo, y Numa estaba muy ocupado con el nuevo tren de vida que necesitaban su casamiento, su gran fortuna y la elevada posición de yerno de Le Quesnoy en el Palacio de Justicia.

Los cien mil francos de la tía Portal habían servido para pagar á Malmus y al tapicero, pasando así la esponja sobre su dolorosa é interminable existencia de soltero, y la transición le pareció muy halagüeña desde las humildes banquetas de veludillo desgastado, y cerca de *La Antigua de todos*, al elegante comedor de la calle de Scribe, donde él presidía, enfrente de su linda parisiense, los suntuosos banquetes que ofrecía á los príncipes de la curia y del canto.

El provenzal amaba la vida brillante, los placeres de la glotonería y del fausto; pero los amaba sobre todo en su propia casa, al alcance de su mano, con esa atmósfera de franqueza que permite el cigarro y la historieta picante.

Rosalía lo aceptó todo, se acomodó á la casa siempre abierta, á la mesa siempre puesta, diez, quince convidados todas las noches, y nada más que hombres; trajes negros, entre los que aparecía como una mancha su blanco vestido, hasta el momento en que, servido el café, y abiertas las cajas de habanos, cedía el puesto á las discusiones políticas, á las risas enérgicas de los postres en una comida de jóvenes aturdidos.

Solamente las amas de gobierno saben que un servicio semejante, y de todos los días, ofrece complicaciones y dificultades: Rosalía las superaba sin exhalar una queja; procuraba arreglar del mejor modo posible aquel desorden, provocada siempre por la viveza de su terrible grande hombre, que la agitaba con todas sus turbulencias, y que de vez en cuando sonreía á su *pequeña* entre dos truenos gordos.

Ella no deploraba más que una cosa: no tenerle á él á su lado bastante tiempo.

Hasta en el almuerzo, en ese almuerzo matinal de los abogados que tienen que ir á la audiencia, Numa tenía siempre algún amigo, al compañero servicial, en cuyo brazo se apoyaba familiarmente y á quien confiaba la cartera de los expedientes, demasiado pesada, cuando iba al Palacio.

¡Ah! ¡Con cuánto gusto le hubiera ella acompañado! ¡Qué dichosa hubiera sido, en los días de lluvia, yendo á esperarle en su *cupé*, y volver los dos juntos á casa, muy juntitos, detrás de los húmedos vidrios del carruaje!

Pero no se atrevía á pedirle esta gracia, bien convencida de que tendría siempre un pretexto, una cita dada á cualquiera de los trescientos amigos íntimos de quienes decía el meridional con acento enternecido:

—¡Me adora! ¡Se echaría al fuego por mí!

Esta era su manera de comprender la amistad.

Su fácil buen humor y la vivacidad de su capricho le inclinaban al primer advenedizo, y cada ocho días un nuevo antojo, un nombre que repetía en todas sus frases, y que Rosalía apuntaba cuidadosamente, en cada comida, sobre la pequeña tarjeta del *menu*, y que después desaparecía repentinamente, como si la personalidad del caballero hubiese sido tan frágil y tan fácilmente desvanecida como los dibujos en colores que adornaban la historizada tarjeta.

Entre estos amigos de paso, uno solo era constante, y éste era ménos un amigo que una costumbre de la niñez, porque Roumestan y Bompard habían nacido en la misma calle.

Este hombre formaba parte de la casa, y la joven esposa halló instalado, desde el primer día, en el puesto de honor, como un mueble de familia, á aquel delgado personaje de cabeza griega, de gran nariz aguilena, de ojos como bolas de ágata, de piel estampada y azafranada como un cuero de Córdoba, arañado con esas arrugas especiales á los monos, y á los rostros forzados por contorsiones continuas.

Sin embargo, Bompard no había sido cómico: en cierta ocasión cantó en los coros de los Italianos, y allí le encontró Numa; pero, salvo este detalle, era imposible precisar nada con relación á aquella misteriosa existencia.

Él lo había visto todo, había ejercido todos los oficios, había ido á todas partes.

No se hablaba delante de él de un hombre célebre ó de un suceso famoso sin que él afirmase:

—¡Si es mi amigo!

O bien:

—¡Es verdad! Allí estaba yo cuando ocurrió el lance, ó de allí vengo.

Y en seguida, por vía de prueba, contaba una historieta; ponía en relación directa el principio con el fin, y llegaba á combinaciones estupendas.

Bompard, en el mismo año en que ocurrió el suceso, mandaba una compañía de desertores polacos en el sitio de Sebastopol, dirigía la capilla del Rey de Holanda, y trataba de enamorar á la hermana del Rey, lo que le había valido una encerrona de seis meses en la fortaleza de La Haya, aunque esto no le impidió (siempre en la misma fecha) hacer una excursión al África, de Laghuat á Gadamés, en pleno desierto....

Y todo esto lo decía con fuerte acento provenzal, casi solemne, con muy pocos gestos, pero con ciertos juegos mecánicos de fisonomía, que producían fatiga á quien los miraba, como las evoluciones de los pedazos de vidrio encerrados en un kaleidoscopio.

El presente de Bompard era tan oscuro y misterioso como su pasado. ¿Dónde vivía? ¿De qué? Tan pronto hablaba de sus grandes negocios en asfalto, de un barrio de París que debía ser pavimentado según su sistema económico, como del descubrimiento de un remedio infalible contra la filoxera, añadiendo que sólo esperaba una carta del Ministerio para tomar

la ofrecida recompensa de los 100.000 francos, arreglar su cuenta en el pequeño bodegón donde comía, y á cuyos patrones había vuelto medio locos con su ilusión y esperanza extravagantes.

Este meridional en delirio hacía las delicias de Roumestan, quien se servía de él como de un autómatas, excitándole, animándole, haciendo que su loca manía estallase.

Cuando Numa se paraba en el boulevard para departir con algún amigo, Bompard se apartaba un poco dignamente, en actitud de quien va á encender un cigarro.

Se le veía en los entierros y en las primeras representaciones, preguntando siempre con anhelo:

—¿Habeis visto á Roumestan?

Y así llegaba á ser tan conocido como el mismo Numa.

En París este tipo de satélite, digámoslo así, es bastante frecuente: todas las gentes conocidas llevan tras de sí un Bompard, que camina á su sombra, y en ella se prepara una especie de personalidad.

Pero Rosalía no podía sufrir á este comparsa de su felicidad, siempre colocado entre ella y su marido, estorbándolos en los raros momentos en que hubieran podido estar solos.

Los dos amigos hablaban entre sí un *patois* que á ella le dejaba aparte, y lo que Rosalía más le reprochaba era, sobre todo, su empeño en mentir, aquellas invenciones en que al principio había creído, porque la impostura era perfectamente extraña á su naturaleza franca y pura, cuyo mayor encanto consistía en el acorde armonioso de la palabra y del pensamiento, acorde sensible en la sonoridad y la pureza de su voz argentina.

—Yo no quiero ni verle.... Es un embustero....—decía con acento profundamente indignado, que causaba risa á Roumestan.

—No, mujer, no—contestaba él, defendiendo á su amigo.

—no es un embustero; es un hombre de imaginacion..... un soñador despierto que habla de sus sueños.... Mi país está lleno de gentes como él.... ¡Es el sol, el acento!..... Ya ves tú mi tía Portal.... Y yo mismo..... á cada momento, ¡si no estuviere siempre alerta!.....

Una pequeña mano protestaba, tapándole la boca :

—¡ Cállate! ¡ Cállate!..... Si tú fueras de ese Mediodía..... yo no te amára.....

Y sin embargo, lo era : á pesar de su traje parisiense, del barniz mundano que le daba algun brillo, ella misma habia de ver salir á aquel terrible Mediodía, rutinario, ilógico, brutal.

La primera vez fué con motivo de la religion : sobre esto como sobre lo demas, Numa tenia las tradiciones de su provincia ; era el provenzal católico que no practica, que no va nunca á la iglesia sino para buscar á su mujer á la conclusion de la misa, y se queda en el fondo oscuro, cerca de la pila del agua bendita, con el ademan superior de un papa en cualquier espectáculo de sombras chinescas, y que no se confiesa sino en tiempo de cólera ; pero que se dejaría ahorcar ó martirizar por aquella fe cristiana que no siente, que no modera en nada ni sus pasiones ni sus vicios.

Al casarse, sabía que su mujer era de su mismo culto, que el cura de Saint-Paul-Saint-Gervais les habia prodigado elogios en razon directa de las luces, los almohadones y los ramos de flores que corresponden á un matrimonio de primera clase; y no preguntó más.

Todas las mujeres que él conocia, su madre, sus primas, su tía Portal, la Duquesa de San Donnino, eran católicas fervientes ; así es que se sorprendió mucho, despues de algunos meses de matrimonio, de ver que Rosalia no practicaba.

Y le hizo esta observacion :

—No vais nunca á confesaros?

BIEN LEIDO EN
BIBLIOTECA NACIONAL DE
FRANCIA
PARIS

—No, amigo mio—dijo ella sin commoverse—ni vos tampoco, segun veo.....

—¡Oh! ¡Yo!..... No es lo mismo.....

—¿Por qué?

Y ella le miró con ojos tan sincera y luminosamente asombrados; ella tenía tan poca apariencia de duda de su inferioridad de mujer.....

Él no supo qué contestar, y la dejó explicarse.

¡Oh! ¡No era una libre-pensadora, un *esprit fort!* Educada en un excelente colegio de pensionistas de París, que tenía por capellan un cura de Saint-Laurent, hasta los diez y siete años, hasta su salida del pensionado, y aún en su misma casa por espacio de algunos meses, habia continuado con las prácticas religiosas al lado de su madre, una devota del Mediodía; pero en cierta ocasion..... algo se habia roto en ella..... declaró á sus padres la aversion, la verdadera aversion que le causaba el acto de confesarse.....

La madre intentó vencer lo que ella creia un capricho, pero M. Le Quesnoy se interpuso.

—Dejadla, dejadla..... A mí me sucedió lo mismo, y en la misma edad.....

Y desde entónces ella no tuvo que tomar consejos ni direccion sino de su propia conciencia.

Por lo demas, parisiense, mujer de la alta sociedad, con horror á independencias de mal gusto, si Numa tenía que ir á la iglesia, ella le acompañaria gustosa, como habia acompañado á su madre por espacio de tantos años, sin consentir en la mentira y sin mofarse de creencias que no profesaba.

Él escuchaba lleno de estupor, espantado de oír tales cosas, dichas por ella con tal energía y tal afirmacion de su sér moral, que echaban por tierra todas sus ideas sobre la dependencia femenil.

—Pero ¿tú no crees en Dios?—dijo él con su más hueco

acento de abogado, levantando solemnemente el dedo hácia las molduras del techo.

—Pero ¿es eso posible?—respondió ella con grito tan espontáneo, tan sincero, que valia por un acto de fe.

Entonces él habló del mundo, de las conveniencias sociales, de la solidaridad de las ideas religiosa y monárquica.... Todas las señoras practicaban: la Duquesa, la señora D'Esparbés, y recibían á su confesor á su mesa y en sus *soirées*.... ¡Esto causaría un efecto deplorable si se supiese!....

Se detuvo, comprendiendo que todo era inútil, y la discusión terminó así; pero dos ó tres domingos consecutivos, Numa puso gran empeño en llevar á misa á su mujer, lo que valió á Rosalía el derecho de un paseo del brazo de su marido....

Pronto, por lo demas, se cansó él de semejante régimen, pretextando negocios, y toda manifestación católica cesó.

Esta primera desavenencia no turbó en nada la paz del matrimonio: el despertar, sin embargo, no podia tardar mucho para la jóven esposa, y fué brusco y doloroso.

Pasaban el verano en Orsay, en la propiedad de los Le Quesnoy, y un día, ella, su padre y su marido, habiendo marchado á París, según costumbre diaria, notó que la faltaba un pequeño modelo en la canastilla que estaba preparando.

¿Una canastilla? Sí, Dios mío, sí: aunque se venden ya hechas y soberbias, la madre, la verdadera madre, desea cortar y coser ella misma, y á medida que se va llenando la caja donde amontona las ropitas, parece que se va apresurando el advenimiento del hijo ansiado, y que cada prenda le acerca más y más al natalicio de ese hijo.

Rosalía por nada en el mundo hubiera querido privarse de este placer, ni habria permitido que otra hubiese puesto mano en la obra gigantesca que ella habia emprendido hacia ya cinco meses, desde que estuvo cierta de su felicidad....

Estaba, pues, en Orsay, en el banco donde ella trabajaba, á la sombra de un árbol, y donde tenía un monton de gorritas que ensayaba en su puño, y chambras de franela, y almillas finisimas, que con sus mangas derechas simulaban la vida y los movimientos pesados del pobre recién nacido.... ¡Y justamente la faltaba el mejor modelo!

—Envía á tu doncella á buscarlo—le dijo su madre.

¡Vamos! A su doncella.... Pues qué, ¿habia de saber la doncella elegir el modelo?

—No, no....—contestó Rosalía.—Voy yo misma.... Haré mis compras antes de mediodía, y despues iré á sorprender á Numa y á comerme la mitad de su almuerzo.

La idea de este almuerzo con su marido, en su gabinete de la calle de Scribe, á medio cerrar, sin cortinas en los cristales, y con los muebles enfundados, la divertia como una escapatoria de colegiala.

Reiase sola al subir, hechas ya las compras, la escalera sin alfombra de su casa de París en el verano, y se decia, al meter con precaucion la llave en la cerradura para sorprender á su esposo:

—Llego un poco tarde.... Ya habrá almorzado....

En efecto, no quedaban ya sobre la mesa del comedor sino los restos de un pequeño festin de gastrónomo, de dos cubiertos, y el ayuda de cámara instalado delante de la mesa, en actitud de devorar los platos y las botellas vacias.

Ella no se fijó primero sino en que faltaba su parte, por haberse detenido tanto tiempo en el almacen de novedades, delante de las lindas fruslerias de bordados y de encajes.

—¿Ha salido ya el señor?

Y nada, sin embargo, llamaba su atención; ni la lentitud del criado en contestarla, ni la palidez súbita de aquella ancha faz impudente, aplastada entre largos bigotes.

Ella sólo creia que la emoción del doméstico era debida

sencillamente á haber sido sorprendido en su robo y en su glotonería.

Él tuvo que decirle que el señor estaba allí todavía..... en negocios..... y que tendria para algun tiempo..... Pero todo esto lo dijo casi balbuciente, y ¡qué manos temblorosas tenía aquel hombre para dejar limpia la mesa y poner el cubierto de su señora!

—¿Ha almorzado solo?

—Sí, señora..... es decir..... con Mr. Bompard.

Pero ella vió entónces un encaje negro que habia sobre una silla..... y el villano lo miró tambien, y las miradas de ambos se encontraron clavadas en el mismo objeto.....

Aquello fué como un rayo de luz para ella: sin decir una palabra, bruscamente, lanzóse á traves de la pequeña antecámara, fué derecha á la puerta del gabinete, abrióla de par en par..... y cayó desmayada, rígida.

Los culpables ni siquiera se habian encerrado.

¡Y si hubieseis visto á la mujer! Era una rubia marchita de cuarenta años, y en sus párpados caidos como una piel de guante viejo, y bajo los ojos, en círculos de color de violeta, se veian las cicatrices de una vida de placeres; sus hombros eran cuadrados; su voz, casi cascada.

Pero era noble..... ¡la Sra. Marquesa de Estarbés!..... y para un hombre del Mediodía eso es lo primero de todo: el blason le ocultaba á la mujer.

Separada de su marido por un proceso escandaloso, habiendo roto los lazos que la unian á su familia y á las casas más aristocráticas del *faubourg*, la Sra. de Estarbés se declaró partidaria del Imperio, y abrió un salon político, diplomático, vagamente policiaco, el cual frecuentaban, sin sus mujeres, los hombres más elevados de la época; y despues, pasados dos años de intrigas, cuando se creó un partido y tuvo influencias, apeló contra la sentencia del proceso.

Roumestan, que la habia defendido en primera instancia, no podia negarle el apoyo de su palabra en la segunda, aunque vacilaba, no obstante, á causa de sus opiniones bien fijas; pero la Marquesa le comprometió de tal suerte, y supo lisonjear tan hábilmente su vanidad de abogado, que todas las resistencias se desvanecieron.

Y ahora, estando ya cercana la vista pública, se veian diariamente, unas veces en casa de él y otras en la de ella, y conducian así el negocio rápidamente y por partida doble.....

Rosalía creyó morir ante aquel horrible descubrimiento, que la heria de repente en su sensibilidad de mujer, en visperas de ser madre, cuando tenía en su seno dos corazones, dos focos de sufrimiento.

El hijo murió; la madre sobrevivió.

Y cuando, despues de tres dias de anonadamiento, pudo recobrar la memoria y hallar en ella la causa de su mal, estalló en una crisis de lágrimas, un rio de amargura, que nada podía contener ni agotar.

Sin un grito, sin un lamento, cuando acabó de llorar por la traicion del amigo y del esposo, sus lágrimas se aumentaron ante la cuna vacía, donde reposaban, ellos solos, los tesoros de su infantil canastilla bajo las cortinas de trasparente azul.

El pobre Numa estaba casi desesperado.

Aquella esperanza de un pequeño Roumestan, de un primogénito, el cual siempre da gran prestigio á las familias provenzales, habia sido destruida, aniquilada por culpa suya; y aquel pálido rostro de mujer, ahogado en una expresion de dolorosa angustia, y aquella inmensa pena de dientes apretados, de comprimidos sollozos, le partian el corazon, tan diferente en sus manifestaciones, en la grosera sensibilidad que mostraba, sentado al pié del lecho de su víctima, con los ojos hinchados y los labios trémulos.

— ¡Rosalia, vamos, vamos!.....

Y no hallaba qué decir sino *vamos, vamos*; pero ¡cuántas cosas ocultaban esas palabras, pronunciadas con el acento fácilmente compasivo del Mediodía!

Y añadía por lo bajo:

— No te apesadumbres tanto, mi pobre niña..... Pues qué, ¿vale eso la pena? ¿Me ha de impedir que yo te ame?

Y la verdad era que él la amaba tanto como le permitía su ligereza; no pensaba en otra mujer para dirigir su casa, para cuidarle, para hacerle caricias..... y él, que decía ingenuamente: «Yo tengo necesidad de una abnegación á mi lado.....», comprendía á las mil maravillas que aquella era la más completa, la más amable que pudiera desear, y le exasperaba la idea de perderla..... ¿No era eso amor?

¡Ay! Rosalia se había figurado otra cosa: su vida estaba destrozada; el ídolo había caído al suelo; la confianza quedó perdida para siempre.

Y, sin embargo, perdonó: perdonó por piedad, como una madre que cede al hijo que llora y se humilla, y también por el nombre de su padre, á quien el escándalo de una separación le hubiera anonadado, y porque no podía arrebatar á su familia la ilusión de creerla dichosa.

Pero con aquel perdón concedido tan generosamente, ella le advirtió que no tuviera que contar con clemencia si se renovaba el ultraje; ¡no, jamás! porque entonces sus dos existencias se separarían cruelmente delante de todo el mundo.....

Y esto fué dicho con un tono, con una mirada en que la altivez de la mujer se vengaba de todas las trabas y conveniencias sociales.

Numa lo comprendió así, y juró sinceramente no reincidir: temblaba aún de haber arriesgado su dicha, aquel plácido reposo que estimaba tanto, por un placer que no satisfacía sino su vanidad; y el alivio de haberse desembarazado de

su gran señora, de aquella Marquesa de salientes huesos, que (el blason aparte) no hablaba casi á sus sentidos sino como la *Antigua de todos*, del café Malmus, y no tener ya más cartas que escribir, ni citas que fijar, el desvanecimiento de toda aquella prendería sentimental, que no sentaba muy bien á su genio, le embelesaba casi tanto como la clemencia de su mujer, la paz interior reconquistada.

Y fué tan feliz como ántes, no haciendo el menor cambio en las apariencias de su vida: siempre la mesa puesta, y el mismo tren de fiestas y de recepciones, en las que Roumestan cantaba y declamaba, hacia la rueda á las damas, sin dudar, empero, de que allí cerca dos bellos ojos le miraban, atentos siempre y casi velados con verdaderas lágrimas.

Y ella veía ahora á su grande hombre, que la miraba, que le dirigía dulces palabras, bueno y generoso algunas veces, pero de bondad pobre, de capricho, de ostentación, por el fútil deseo de agradar.

Ella, en fin, conocía el poco fondo de aquella naturaleza, tan vacilante en sus convicciones como en su odio; asustábase por ella y por él mismo de la debilidad que se escondía bajo sus necias y altaneras palabras; debilidad que la indignaba, pero que al mismo tiempo la unía más á él, por ese anhelo de protección maternal en que la mujer apoya su abnegación cuando el amor ha huido de su alma.

Y siempre dispuesta al sacrificio, á pesar de la traición de Numa, sólo abrigaba este temor secreto:

— ¡Con tal de que él no me desaliente!

Rosalía, previsora siempre, conoció bien pronto el cambio que se operaba en las opiniones de su marido; sus relaciones con el *faubourg* se enfriaron; el chaleco blanco del viejo Sagnier y la flor de lis del alfiler de su corbata ya no le inspiraban la misma veneración; él suponía que aquella gran inteligencia se debilitaba; que sólo su sombra tomaba asiento en la

Cámara; una sombra somnolienta, que representaba fielmente á la legitimidad dinástica, con su lánguido adormecimiento, tan cercano á la muerte....

Así Numa lo involucraba todo suavemente, y entreabría la puerta de su casa á las notabilidades imperialistas que encontraba en el salon de la señora de Esparbés, cuya influencia habia preparado semejante cambio.

—Ten cuidado con tu grande hombre.... Yo creo que vacila.... —dijo el magistrado á su hija, cierto día en que la burlona verbosidad del abogado se habia complacido en mofarse, durante la comida, del partido de Frosdorf, comparándole con el Pegaso de madera de Don Quijote, inmóvil siempre, aunque su jinete, con los ojos vendados, se imaginaba que hendía el ancho azul espacio.

Ella no tuvo que preguntarle nada; por disimuladas que pudieran ser, eran tan ingenuas sus mentiras, que siempre caía en contradicción.

Al entrar una mañana en su gabinete, Rosalía le sorprendió muy engolfado en la composición de una carta, é inclinando la cabeza por encima de los hombros de Numa, preguntó:

—¿A quién escribis?

El grande hombre vaciló y quiso hallar alguna disculpa; mas perseguido por aquella mirada, tenaz como una conciencia, tuvo un arranque de forzosa franqueza.... Era una carta, escrita en estilo enfático, en ese estilo de fiscal de Audiencia, que gesticula hasta con las mangas de su toga, y dirigida al Emperador.... aceptando el puesto de Consejero de Estado.

La carta comenzaba así:

«*Vendeano del Mediodía, educado en la fe monárquica y en el culto respetuoso á lo pasado, yo no creo violentar á mi honor ni á mi conciencia....*»

—¡No enviaréis eso! —dijo ella vivamente.

Él comenzó por arrebatarse, hablar en voz alta, brutal, como un legítimo *bourgeois* de Aps que discute en su propia casa. ¿A qué se mezclaba ella en tales cosas? ¿Qué entendía de eso? ¿La atormentaba él por ventura con ridículas observaciones sobre la forma de sus sombreros ó la hechura de sus vestidos?

Y tronaba, como en la Audiencia, delante de la tranquilidad muda, casi desdeñosa, de Rosalía, quien dejaba pasar aquel arrebato, últimos restos de una voluntad destruida de antemano.

Tal es la derrota de los hombres de mal genio: estas crisis les fatigan y les desarman.

—¡No enviaréis esa carta! —replicó ella. — Eso sería mentir, hacer traición á vuestra historia, á vuestros compromisos....

—¿Qué compromisos? ¿Con quién?

—¡Conmigo!.... Acordaos de cómo nos hemos conocido, de cómo vos me embargasteis el alma con vuestra hermosa indignación contra la mascarada imperial.... Y me cuidaba ménos de vuestras opiniones que de una línea de conducta recta y segura, de una firme voluntad de hombre de carácter, que admiraba en vos....

Él se defendió: ¿debía petrificarse toda la vida en un partido helado, sin movimiento, en campo siempre oculto bajo la nieve? Además, él no iba hácia el Imperio; era el Imperio el que venía hácia él.... El Emperador era un hombre excelente, de grandes ideas, muy superior á las gentes que le rodeaban....

Rosalía no aceptaba ningún pretexto, y bajo la felonía de su evolución, le hacía ver su propia torpeza.

— Vos no observais cuán inquietas están esas gentes; no veis cómo sienten que la tierra está minada y se abre al rededor de ellos.... El menor choque, una piedra que rueda, basta

para que todo se derrumbe..... ¡Y en qué sima tan negra y tan honda!

Ella precisaba, daba detalles, resumía en pocas palabras lo que una mujer callada recoge y medita, cuando los hombres, despues de comer y en grupos aparte, hablan y discuten.

Roumestan se admiraba.

—¡Qué diablo de mujer! ¿Adónde habrá aprendido lo que me dice?

Por ningun concepto creía que ella estuviera tan fuerte; y en una de esas violentas mudanzas que son el atractivo de los caracteres veleidosos, cogió entre sus manos aquella pequeña cabeza pensadora, que encantaba con la brillantez de la juventud, y envolviéndola en una nube de tiernos besos, exclamó:

— ¡Tienes razon! ¡Tienes cien veces razon!... Lo contrario es lo que debo escribir....

Y cuando iba á hacer pedazos el borrador de la carta, acordóse de que en el principio habia una frase de su gusto, que podia servir todavía, modificándola un poco.

Y escribió así:

«Vendeano del Mediodía, educado en la fe monárquica y en el culto respetuoso á lo pasado, creeria violentar á mi honor y á mi conciencia aceptando el puesto que Vuestra Magestad.....»

Esta negativa, muy limada, pero firme, habiéndose publicado en los periódicos legitimistas, valió á Roumestan una situacion nueva, é hizo de su nombre el sinónimo de la fidelidad incorruptible....

¡Indescosible! — decia el *Charivari* bajo una chistosa caricatura, mostrando la toga del gran abogado violentamente disputada por todos los partidos.

Algun tiempo despues el Imperio se hundia, y al reunirse la Asamblea en Bordeaux, Numa Roumestan se vió en el caso de tener que elegir entre varios distritos del Mediodía, que le

nombraban su diputado, únicamente á causa de la famosa carta.....

Sus primeros discursos, elocuentes é inspirados, convirtiéronle bien pronto en jefe de todas las derechas de la Cámara, merced tambien á la influencia del viejo Sagnier, que estaba allí; y como en esta época de medianías los hombres de carácter son raros, el nuevo *leader* triunfó en los escaños de la Asamblea tan fácilmente como en otro tiempo en los divanes descoloridos del café de Malmus.

Consejero general de su departamento, idolo de toda la comarca del Mediodía, realizada su situacion aún por la magnífica posicion de su suegro, que habia sido nombrado, despues de la caída del Imperio, Presidente del Tribunal de Casacion, Numa estaba predestinado á ser ministro cualquier dia....

Y entre tanto, el grande hombre para todo el mundo, ménos para su mujer, paseaba su temprana gloria por París, Versalles y la Provenza, amable, familiar, buen muchacho, llevando su aureola en los viajes, pero dejándola en la caja de su sombrero, como un *claque* de ceremonia.